

LUCIÉRNAGAS

Jorge Torres



Capítulo 1

LUCIÉRNAGAS

Preciosos seres celestiales cargados de una efimeridad que las conduce a una lamentable extinción. Final anunciada por el solo hecho de brillar con luz propia, cosa no aceptable en el lodo mundano, declive obligado a todo ser amante del aire puro que pretenda respirar en esta tierra de sofocos.

Luciérnagas, pequeños bichitos de luz que me bajaran en mi infancia las estrellas a las copas de los arboles, desparramándolas por los campos. Farolitos de duendes y hadas, con los cuales solía dormirme en imaginable armonía.

Nunca más las he vuelto a ver, será porque ya no creo hoy día en criaturas legendarias o bien porque el mundo se ha encargado de asfixiarlas con sus vahos de proliferación industrial vejatoria o tal vez por no haber hecho nada por salvarlas o por no creer en los milagros.

Dado que el sentimiento culposo, por no haber podido hacer absolutamente nada para impedir la extinción de las luciérnagas se apoderaba de mi persona, decidí distraerme un poco llamando a mi hermana por celular.

- ¿Hola Olga como están todos allá en capital?

- Bien Julio, últimamente me he creado mi propia realidad psicótica,

donde todo es maravilloso. ¿Y vos como estas?

- Yo acá, en mi pedazo de playa donde la realidad y la virtualidad se confunden ayudado o perjudicado según se vea por horas de internet matizadas con viento y humedad que provienen del mar.

¿Olga, mamá se encuentra bien?

- Si un poco empecinada en darle de comer al tortugo, aún no comprende que para estas fechas ingresa en su letargo invernal y trata de meterle forzosamente pedacitos de pepino en la boca, los cuales genera una lógica reacción en el quelonio que se resiste a la ingesta mordiéndole los dedos. Pero lógicamente las tortugas son lentas y seguramente ha de pasar el invierno ingiriendo pepinos por más que intente esconderse.

Ya sabes que al tortugo gustamos tenerlo en la terraza de la segunda planta, por esa vieja costumbre que poseemos de querer acostumbrarlo a las alturas dejando de lado el vértigo innato de estos acorazados animalitos, temerosos de caer de espaldas para no poder levantarse jamás. Pero mamá ya esta grande, tengo miedo que caiga por las escaleras al tratar de alimentar al quelonio, además el verla bajar de la misma con los dedos ensangrentados es algo que todavía me sigue dando pavor a través de los años.

- ¿Ya ha dejado de cuidar al gato?

- No, sabes como es ella. Jamás lo abandonaría. De hecho el gato ya esta rondando los veinte kilos, apenas puede caminar, pero la conoces bien, ella continua viéndolo flaquito y le llena el buche con todo tipo de alimentos, a veces sus diarreas son pavorosas. Pero bueno sigue

intentando vivir, aunque sea una vida reducida en movimientos y mortificada, gastronómicamente hablando.

Es mejor pensar psicóticamente que es maravilloso ver a Mama relacionándose con los animales a pensar que puede también relacionarse con nosotros de manera tan maravillosa. De hecho lo sigue intentando, cuando uno se lo permite en uno de nuestros descuidos, pequeñas relajaciones que inusualmente uno se pueda llegar a tomar.

- ¿No se puede tratar de suplantar esos estoicos animalitos por otra cosa, que se yo, una piedra, un adoquín aduciendo que lo encontraste abandonado, carente de afecto? Los adoquines son más resistentes y no sufren.

- Jajajaja.¿ No sabes acaso, que acá puede haber horror hasta en un adoquín?

Pero es hermoso a la vez, todo tiene su lado delicioso, solo hay que aprender a encontrarlo.

- A lo mejor Mamá va por las tardes a la terraza en busca de un poco de luz, debe ser difícil vivir totalmente a oscuras, solamente iluminados por los rayos catódicos del televisor que mantienen a la pupa en estado latente. A propósito cuida bien de la pupa, pronto seguramente emerja una mariposa hermosa de ella, aliméntala y mantenle su cloaquita destapada. Pronto te sorprenderá con su belleza, aunque no lo crea nadie.

- Es que lo intentamos, llamamos a un hombre, cortamos un ratito pequeño la corriente eléctrica para que la pupa no se inflame al no recibir los rayos catódicos, el señor cambio los topes del último tubo que ilumina los ambientes desde la pared, la reactancia, el arrancador y nada, sigue igual no enciende. Llegue a pensar que estaba poseído el maldito tubo.

Pero quédate tranquilo, compre metros de cable bipolar y con unos cuantos enchufes hemos armando tres veladores para cada uno, así recorreremos la casa, veladores en mano para que nos ilumine en cada uno de nuestros quehaceres diarios.

Muchas veces nos enredamos entre tanto cablerio suelto, cayéndonos al piso mientras el velador nos muestra nuestras patéticas sombras tratándonos de erguirnos del piso. Una vez se le cayo el velador al inodoro a mamá, no sabes que estruendo, me pensé que era Navidad y lo primero que atine fue a guardar a los perros, que tonta.

De todas formas no llego a comprender cual es la diferencia entre tener colgada una luz en la pared o llevar la luz con uno, a donde quiera que uno vaya. Es mejor así, pienso yo. Ten en cuenta que es una lamparita igual a cualquier otra, da lo mismo si está fija en la pared, en el techo o si la llevas en la mano.

- Entiendo tu manera de ver las cosas, pero hay diferencias. Unas diferencias sutiles que quizás por la distancia me cueste hacértelas comprender, puede ser que si estuviera allí, tampoco sean bien interpretadas las diferencias, que como buen puntilloso que soy seguramente, por lo meramente insignificantes sean desechadas y no tenidas en cuenta. Creo que todavía debes recordar como nos reíamos del tío Lucas, cuando encendía las lamparitas metiéndoselas en la oreja para que enciendan.

- Me doy perfectamente cuenta sin que vengas a casa, que el haz de luz que transmite el velador portado en una mano deja en el entorno muchas zonas oscuras y que las sombras que nosotros proyectamos adquieren caracteres dantescos, que me asustan la mayor parte de la noche.

- No importa, no te asustes ya estamos más que acostumbrados a las zonas oscuras, cualquiera se da cuenta con lo que me estas contando que nada condice con un estado de lucidez.

Pero no importa, no te alarmes, uno se ha ido adaptando a pesar de todo. Algún día comprenderás que la luz finalmente era luz y tenia que estar donde debía estar y que todas las luces que estaban dando vueltas y no estaban donde deberían haber estado era porque no estaban en su lugar simplemente, quizás no podían estar en su lugar, quizás no sabían como estar en su sitio, quizás no sabían ni siquiera cual era su lugar...Y bueno, las cosas son finalmente así y existen luces y tinieblas y finalmente la oscuridad es el manto de piedad que te otorgan cuando te morís.

- ¿Vistes? Sabía muy bien que no era muy importante el tema. Te dejo tengo que terminar mis estudios.

- Adiós Agosto.

- Si, mejor estudia Lucia, adiós.